

Días para qué levantarse,  
para qué un rostro  
un bostezo  
la calle,  
esos días porque  
y a mi qué si amanece  
déjame  
por favor  
tengo sueño.

La cama es un oasis, un desierto  
el planeta, y yacer se erige de facto  
y ad líbitum  
en la única aspiración vital.

Días en los que el deseo tiene frío en los pies y la eternidad  
se lava las manos, en que el silencio es  
dios supremo y un invento otra vida  
que no sea la tuya sola y dentro  
de ti.

Días que sin fortuna has buscado, que no tienen santo  
en el calendario, que tiemblan de ausencia tras  
la ventana como el viento que se dibuja  
en las hojas mecidas  
por los árboles.

Mejor así.

Si logras encontrar alguno de esos días  
a lo mejor te aguan la fiesta, incluso es posible  
que te envíen a un campo  
de trabajos forzados.

Nos hemos organizado como si el tiempo existiera.  
Y encima llueve.

([J. P.](#), 2003)